



www.loqueleo.santillana.com

Título original: HORMIGA CON CORBATA

© 2015, Janina Pérez de la Iglesia

© De esta edición:

2016, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Apartado Postal 11-253 • Santo Domingo, República Dominicana

Teléfono 809-682-1382

ISBN: 978-9945-19-373-2

Registro industrial: 58-347

Impreso por: Serigraf S.A.

Impreso en República Dominicana

Primera edición: marzo de 2016

Director de Arte y Producción:

Moisés Kelly Santana

Subdirectora de Arte: Lilian Salcedo Fernández

Diagramación: Ana Gómez Otaño

Edición:

Ruth Herrera

Ilustración de cubierta:

www.istockphoto.com

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

Hormiga con Corbata

Janina Pérez de la Iglesia

loquele^o

Nico perdió la señal de su iPhone poco antes de llegar a Hormiga con Corbata. Clarisa le sacó la lengua desde su rincón, pero él no se lo tuvo en cuenta porque su hermana tenía seis años. Pensó que al dejar atrás el macizo montañoso la señal regresaría y como no le quedaba nada mejor que hacer, recostó la cabeza en el asiento del Renault, herido por la luz de aquel recuerdo.

Su padre había intentado por todos los medios volver la noticia menos dolorosa. Para eso compró una pizza familiar de cuatro quesos, la favorita de Nico, dos botellas de gaseosa y una torta Milky Way con chispas encima. Lo puso todo sobre la mesa del comedor y llamó a la familia. La barriga llena aminora los golpes, debió pensar mientras carraspeaba, tartamudeaba, se pasaba la mano por la cabeza y al final lo soltaba como si le hubie-

sen pegado con un puño en el estómago.

–Nos mudamos.

Nico quedó de una pieza.

–¿A dónde?

8 Al fin del mundo, debió decir el padre entonces, pero en vez de eso dijo nos vamos a vivir con el abuelo como si el abuelo viviese al doblar de la esquina. Por más que se esforzaba, Nico no recordaba el rostro del abuelo. Sabía que era alto por las fotos. Sabía que vivía solo. Sabía que llevaba años sin salir del pueblo. Sabía que le diagnosticaron Alzheimer en el mes de enero. ¿Qué más se necesita saber de un abuelo? Pero el asunto fue empeorando en cuestión de días. Una mañana, el abuelo llamó para contarles que los marcianos estaban por aterrizar, y que Hormiga con Corbata se preparaba para darles el recibimiento que se merecían.

–Llenamos las calles de banderitas, hijo, y el alcalde hizo levantar una tarima en la plaza y ya está contratada la orquesta filarmónica de París. Pero no sabemos si van a preferir un solo de violonchelo o de violín.

La mamá de Nico había pasado una semana llorando, sin nada que la interrumpiera. Él no lo notó

porque en esos días Sofía le dijo que sí. Tener novia es lo más estresante de este mundo y absorbe un tiempo que para qué. Tampoco notó que su padre comenzaba a sacar los libros de medicina de la estantería y los agrupaba en cajas que luego sellaba con cinta adhesiva, ni supo que a Clarisa le compraron el gato persa hasta la noche que llegó pasado de hora; le habían dado permiso hasta las diez pero su reloj marcaba las once cincuenta y uno. Para que su madre no lo pillase se echó en el sofá de la sala sin encender las luces, y una bola de pelos se le vino encima rasgándole la mejilla. Es así todo el tiempo, había explicado a la mañana siguiente Clarisa. Desde entonces lo llamaban Mourinho, y Nico lo encerraba en el baño cada vez que llegaba Sofía.

—¿Qué me dicen?

Nico devolvió el vaso de plástico con tal fuerza que la Coca Cola se derramó, formando un aro oscuro sobre el mantel.

—¿Y por qué no viene a vivir con nosotros?

La madre se hizo con otra cuña de pizza mientras intentaba no calcularle las calorías.

—Pongamos los pies sobre la tierra —dijo—. Esto es la capital, los viejos no pueden con tanto trajín.

–¿Hay caballos en el pueblo? –preguntó Clarisa.

–Hay caballos, gallinas, vacas.

–¡No voy a ningún sitio!

Nico había empujado la silla del comedor con tanta rabia que la volcó. El padre se incorporó de un salto, pero la madre lo contuvo.

10 –¡Déjalo! ¿No ves que le estamos poniendo la vida de cabeza?

–Yo sí quiero ir –había dicho Clarisa en un suspiro con los ojos puestos en la torta, y sobre todo en las chispas.

Nico pasó tres semanas encerrado en la habitación. En ese tiempo se fueron los muebles, los libros, la computadora, el equipo de sonido, las macetas de plantas y las cortinas. Alguien había clavado un letrero espantoso en el portal: SE ALQUILA. Un mal día –el peor de todos–, en el colegio supieron que Nico se iba. Sofía se tiró de los cabellos y lloró y le dijo al muchacho que no lo olvidaría por nada en la vida, que le estaría enviando mensajes de texto cada cinco minutos, que cuando él regresara a la universidad volverían a estar juntos. Nico no lograba precisar en qué momento se vieron por última vez porque en ese punto los recuerdos se volvían gi-

rones, el camión de la mudanza llevándose lo poco que quedaba, Mourinho que se aferraba con las garras al piso para que no lo metieran en el Renault, Clarisa chillando, el papá de Nico tocando bocina y la mamá despidiéndose de los vecinos. Después venía una carretera larguísima que conducía a las montañas donde el iPhone quedó mudo. Sofía había cumplido su promesa: hasta el momento en que el bombillo verde se apagó, entraron ochenta y tres mensajes de texto, uno cada cinco minutos.

11

Al final del día, Hormiga con Corbata apareció ante ellos, cubierto por las brumas.

Nico, con la nariz pegada al vidrio del Renault, veía pasar las callecitas de piedra, las casas de tejas con las paredes encaladas y faroles en los portales que se encendían a las seis en punto, el puente sobre un riachuelo delgado como un hilo, la plaza con su iglesia de tres cúpulas.

El silencio se extendía hasta el infinito.

Nico pensó que se habían salido del tiempo en la última vuelta del camino y apretó en la mano el iPhone, como intentando quedarse de este lado del mundo. Al parecer los marcianos ya no venían porque en las calles no quedaba una banderita.

La casa del abuelo era un monolito blanco y compacto y ocupaba una esquina.

Primero apareció el abuelo, haciendo señas desde el portal.

Después, aparecieron los papelitos.

En ese orden preciso.

12 Estaban por todos lados. La puerta llevaba uno encima que decía puerta, el de la ventana decía ventana, el del sofá, sofá, la mesa, el florero, las cortinas, la lámpara, los cuadros; eran mariposas de papel distribuidas hasta donde alcanzaba la vista. En la repisa habían colocado el más olímpico de todos: NO DECIR MALAS PALABRAS DELANTE DE LOS NIÑOS.

–¿Qué es esto? –preguntó el padre de Nico sin salir de su asombro.

–Dice el médico que con el Alzheimer las cosas se me olvidan –explicó el abuelo.

El padre de Nico apenas pudo responder:

–¡Pero no se te van a olvidar en dos días!

El abuelo comenzó a buscarse en los bolsillos.

–¿Dónde estará? Ah, por fin –Sacó un papelito y lo mostró como señal de triunfo.

SOY UN HOMBRE PRECAVIDO.

El padre de Nico pasó la noche llorando. Su madre intentó buscar los discos compactos del Método Silva de autoayuda. Silva Meditación o Silva Visualización, o Silva cualquier otra cosa pero no pudo hallarlos en las treinta y ocho cajas que contenía la mudanza. Entonces dijo lo que diría cualquier persona común:

—¡Así es la vida!

Se abrazaron y lloraron juntos.

Convencida de que el caos que genera el universo se resuelve con prontitud, en la mañana del domingo la madre de Nico halló los discos en la caja veinticinco. Pasó el resto del día meditando y para el lunes soltó aquella retahíla a su hijo: mira Nico, debemos adaptarnos al entorno y a las circunstancias, perderemos algunas cosas, pero ganaremos otras tal vez increíbles, es un proceso de superación personal, un escalón de la mente, una oportunidad de vida.

¡Ni ella se lo creía!

Es lo bueno de estos cursos de superación personal, iba pensando Nico, su madre no paraba de llorar por los rincones pero lo disimulaba a las mil maravillas.

El camino hacia el colegio no pudo resultar más sencillo y se lo indicó el abuelo desde el portal: te vas calle arriba sin desviar el rumbo.

Calle arriba sin desviar el rumbo, repetía Nico mientras arrastraba los pies y se preguntaba qué cosas increíbles podría ganar en un pueblo donde se llega al colegio en tres minutos.

14 Hormiga con Corbata cabía en su puño.

Nico odiaba ese nombre estúpido. Allá, en la capital, le había contado a Sofía que su familia se mudaba a una ciudad del interior llamada Santa Ana de las Bermudas. El nombre se le ocurrió de sopetón y eso de Bermudas le sonaba a playa y a sol del Caribe.

Sofía y sus amigas pasaron tres días en el internet rastreando Santa Ana de las Bermudas. La buscaron en los ciento cuarenta y seis millones de resultados aparecidos en Google, aprendieron el itinerario de los vuelos hacia las Bermudas, descubrieron que el Triángulo de las Bermudas es equilátero, y que se traga cualquier barco que le pase por encima, compraron bermudas en una tienda virtual llamada Santa Ana y entraron al blog de Ana Bermudas, una chica bisexual del suroeste de

Chile. Pero la ciudad de Nico andaba desaparecida. Al final, Sofía le confesó al muchacho que nada de eso importaba porque ya estaba reuniendo dinero suficiente para comprar un boleto hacia Santa Ana de las Bermudas, en avión, o en autobús, daba lo mismo, y que el día menos pensado le haría la visita.

Pues bien, ya tendría tiempo de aclarar ese asunto con Sofía, suspiró Nico y pensó que al menos no lo habían levantado a las cinco de la mañana para sortear el tráfico de la capital durante una hora y veinte minutos. Del lobo un pelo, se dijo, y frenó en seco al alcanzar la esquina.

No podía creerlo.

El colegio era un caserón de dos pisos construido en la época de la colonia. Se llamaba Instituto de Segunda Enseñanza y poseía un portón principal con aldaba y ranura para las cartas, ventanas con barrotes, piso de losas y lámparas de araña que se sostenían del techo por unas cadenas larguísimas. En el piso de abajo se ubicaban, por orden de aparición ante los ojos de Nico, la rectoría, la enfermería, la biblioteca, la sala de profesores y el patio que poseía una fuente con surtidor de agua,